

El Santo Padre, en la Audiencia general de hoy, explicó la primera obra de misericordia: dar de beber al sediento y de comer al hambriento

Texto de la catequesis del Papa en español

Queridos hermanos y hermanas:

Como hemos escuchado en la Carta de Santiago, hay situaciones de necesidad entre nosotros que requieren una respuesta inmediata y urgente, como: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento; ambas son obras de misericordia corporales. Es muy dura la experiencia del hambre y la sed, y desgraciadamente es una realidad actual y cercana a nosotros. Cada día encontramos personas que sufren estos males y necesitan nuestra ayuda.

Jesús nos enseña a responder a estas necesidades con su ejemplo, y nos recuerda que “él es el pan de vida” y “quien tenga sed venga mí”. Él mandó a sus discípulos que dieran de comer a la multitud, pero ellos sólo tenían cinco panes y dos peces. Jesús pronunció sobre estos la bendición y los partió, y al distribuirlos, todos quedaron saciados. Su ejemplo nos interpela y nos anima a reconocer que cuando damos nuestro poco al hermano necesitado se hace presente la ternura y la misericordia de Dios.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los venidos de España y Latinoamérica. Los invito a salir al encuentro de las necesidades más básicas de los que encuentren a su camino, dando lo poco que tienen. Dios, a su vez, les corresponderá con su gracia y los colmará de una auténtica alegría. Muchas gracias.

Texto completo de la catequesis del Papa traducida al español

Queridos hermanos y hermanas, buenos días. Una de las consecuencias del llamado *bienestar* es llevar a las personas a encerrarse en sí mismas, volviéndolas insensibles a las exigencias de los demás. Se hace de todo para engañarlas, presentando modelos de vida efímeros, que desaparecen a los pocos años, como si nuestra vida fuese una moda a seguir y cambiar en cada estación. No es así. La realidad hay que acogerla y afrontarla como es, y a menudo nos hace encontrar situaciones de necesidad urgente. Por eso, entre las obras de misericordia, se encuentra la referida al hambre y la sed: dar de comer a los hambrientos -¡hay tantos hoy!- y de beber a los sedientos.

Cuántas veces los medios nos informan de poblaciones que sufren la falta de alimento y de agua, con graves consecuencias especialmente para los niños.

Ante ciertas noticias, y especialmente ciertas imágenes, la opinión pública se siente removida y organizan de vez en cuando campañas de ayuda para estimular la solidaridad. Se hacen generosas donaciones y se puede contribuir a aliviar el sufrimiento de muchos. Esta forma de caridad es importante, pero tal vez no nos implica directamente. En cambio, si yendo por la calle nos cruzamos con una persona en necesidad, o un pobre viene a llamar a la puerta de nuestra casa, es muy distinto, porque ya no estoy delante de una imagen, sino que nos vemos implicados en primera persona. Ya no hay distancia alguna entre él o ella y yo, y me siento interpelado. La pobreza en abstracto no nos interpela; nos hace pensar, nos hace lamentarnos; pero cuando ves la pobreza en la carne de un hombre, de una mujer, de un niño, ¡eso sí que nos interpela! De ahí la costumbre que tenemos de huir de los menesterosos, de no acercarnos o maquillar un poco la realidad de los necesitados con las costumbres de moda. Así nos alejamos de esa realidad. Sin embargo, no hay ninguna distancia entre el pobre y yo cuando me lo cruzo.

En esos casos, ¿cuál es mi reacción? ¿Miro para otro lado y paso de largo? ¿O me paro a hablar y me intereso por su estado? Si haces eso, no faltará alguno que diga: *¡Ese está loco hablando con un pobre!* ¿Veo si puedo acoger de algún modo aquella persona o procuro librarme de ella cuanto antes? Tal vez solo pide lo necesario: algo de comer y beber. Pensemos un momento: cuántas veces rezamos el Padrenuestro, pero no prestamos verdadera atención a las palabras: «*Danos hoy nuestro pan de cada día*».

En la Biblia, un Salmo dice que Dios es «*el que da el alimento a todo ser viviente*» (136,25). La experiencia del hambre es dura. Algo sabe el que haya vivido periodos de guerra o de carestía. Sin embargo, esa experiencia se repite cada día y convive junto a la abundancia y el derroche. Siempre son actuales las palabras del apóstol Santiago: «*Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del alimento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma*» (2,14-17): porque es incapaz de hacer obras, de hacer caridad, de amar. Siempre hay alguien que tiene hambre y sed y me necesita. No puedo delegar en ningún otro. Ese pobre me necesita, necesita *mi* ayuda, *mi* palabra, *mi* compromiso. Todos estamos involucrados en esto.

Es también la enseñanza de aquella página del Evangelio donde Jesús, viendo a tanta gente que desde hacía horas le seguía, pide a sus discípulos: «¿Dónde podemos comprar pan para que estos puedan comer?» (Jn 6,5). Y los discípulos responden: «Es imposible, es mejor que los despidas». En cambio, Jesús les dice: «No. Dadles vosotros de comer» (cfr. Mc 6,37). Hace que le lleven los pocos panes y peces de que disponían, los bendice, los parte y los manda distribuir a todos. Es una lección muy importante para nosotros. Nos dice que lo poco que tenemos, si lo confiamos en manos de Jesús y lo compartimos con fe, se convierte en una riqueza sobreabundante.

El Papa Benedicto XVI, en la Encíclica *Caritas in veritate*, afirma: «Dar de comer a los hambrientos es un imperativo ético para la Iglesia universal. [...] El derecho a la alimentación, así como el del agua, revisten un papel importante para la consecución de otros derechos. [...] Es necesario por tanto que madure una conciencia solidaria que conserve la alimentación y el acceso al agua como derechos universales de todos los seres humanos, sin distinciones ni discriminaciones» (n. 27). No olvidemos las palabras de Jesús: «Yo soy el pan de vida» (Jn 6,35) y «si alguno tiene sed, venga a mí y beba» (Jn 7,37). Estas palabras son una provocación para todos los creyentes, una provocación a reconocer que, dando de comer a los hambrientos y de beber a los sedientos, es por donde pasa nuestro trato con Dios, un Dios que reveló en Jesús su rostro de misericordia.

Fuente: romereports.com / vatican.va.

Traducción de **Luis Montoya**.